

Las Sombras de Buenos Aires

El despertar de Luca

Una novela de magia en Buenos Aires

B1 · Español latinoamericano

15 capítulos · 28.500 palabras · Vocabulario · Preguntas · Respuestas

Buenos Aires · Magia · Demonios · taleivo.com

Sobre esta historia

El despertar de Luca es el primer libro de la serie *Las Sombras de Buenos Aires*. Es una historia de magia, identidad y una ciudad que tiene más capas de lo que la mayoría de las personas puede ver.

Luca Ferreyra tiene veinte años, estudia Historia en la UBA y lleva toda la vida ignorando cosas que no tienen explicación. Un incendio en la facultad, una mujer mayor en una iglesia de San Telmo y una ciudad llena de grietas en la realidad lo obligan a dejar de ignorarlas.

Esta es una lectura graduada en nivel B1 de español latinoamericano. Cada capítulo incluye vocabulario, preguntas de comprensión y una clave de respuestas al final.

Los otros libros de la serie — La ascensión de Valeria y El último rugido de Marcos — ocurren en el mismo momento que esta historia. Los tres se cruzan en un punto que solo se revela en el Libro 4.

Índice

- 01** Un día normal
- 02** La noche de Palermo
- 03** El incendio
- 04** Preguntas sin respuesta
- 05** La iglesia de San Telmo
- 06** La primera lección
- 07** Los muebles de Diego
- 08** Lo que Hermana Beatriz no dice
- 09** Control
- 10** El libro de Hermana Beatriz
- 11** La segunda apertura
- 12** Fuego azul
- 13** Los demonios de Palermo
- 14** El nexa
- 15** El despertar

Capítulo 01

Un día normal

Luca Ferreyra tenía veinte años y era, según sus propias palabras, una persona perfectamente ordinaria.

Estudiaba Historia en la Universidad de Buenos Aires. Vivía en un apartamento pequeño en el barrio de Palermo con su compañero de cuarto Diego, que estudiaba Ingeniería y dejaba las tazas de café en todos lados menos en la cocina. Comía medialunas los martes porque los martes eran el único día que la panadería de la esquina las hacía bien. Llegaba tarde a las clases del martes porque siempre compraba dos medialunas y siempre decidía comerlas sentado en el banco de la plaza antes de entrar.

Era una vida ordenada en su propio desorden.

El único problema, si es que se le podía llamar problema, era que a veces pasaban cosas raras.

No grandes cosas. No cosas que uno contaría. Solo pequeños detalles que Luca había aprendido a ignorar con los años: una vez, a los catorce, había querido que la luz de su cuarto se apagara porque tenía sueño y no quería levantarse, y la luz se había apagado. Su mamá entró al cuarto preocupada diciendo que había un cortocircuito. Luca dijo que sí, probablemente. Otra vez, en el secundario, había estado tan enojado con un compañero que le había roto el cuaderno sin tocarlo. No con las manos. Solo con la mirada.

Esas cosas.

Pero eso había sido antes. Ahora tenía veinte años y la vida estaba más tranquila y las cosas raras ya no pasaban tanto. Quizás porque ya era adulto. Quizás porque había aprendido a no pensar demasiado.

El lunes por la mañana, Luca fue a la facultad con su mochila al hombro y sus apuntes de la semana anterior en la mano. Tenía Historia Antigua con la profesora Alvarado, que era una mujer de unos cincuenta años con el cabello gris cortado muy corto y la costumbre de hacer preguntas en el momento en que uno menos lo esperaba.

La clase fue bien. Luca respondió dos preguntas correctamente y una a medias, que era su promedio habitual. Diego le escribió un mensaje a las once diciendo que había dejado las llaves adentro del apartamento otra vez. Luca respondió con un emoji de cara cansada.

Después de la clase, Luca fue a la biblioteca a buscar un libro que necesitaba para el trabajo práctico sobre el Imperio Romano. El libro no estaba en el lugar correcto del estante. Luca lo buscó durante diez minutos sin encontrarlo. Se sentó en el suelo del pasillo entre los estantes y pensó: ojalá apareciera.

El libro apareció.

No cayó de ningún estante. No lo trajo ningún estudiante. Simplemente estaba de repente en el suelo a su lado, como si siempre hubiera estado ahí.

Luca lo miró. El libro lo miró de vuelta, inmóvil como los libros hacen.

"Normal", dijo Luca en voz baja, agarró el libro y fue a la mesa de lectura.

Esa noche, en el apartamento, Diego encontró sus llaves dentro de la heladera y no supo explicar cómo habían llegado ahí. Luca tampoco supo explicarlo, aunque tenía una teoría que prefería no formular.

Comió su porción de pizza frío, estudió dos horas y se durmió con el libro sobre el Imperio Romano abierto en el pecho.

La facultad de Filosofía y Letras de la UBA estaba en el barrio de Caballito, en un edificio que tenía esa mezcla característica de las instituciones públicas argentinas: grandioso en la arquitectura original, deteriorado en los detalles actuales. Las paredes necesitaban pintura. Los baños del segundo piso tenían un grifo que goteaba desde el primer cuatrimestre. La calefacción del aula cuatro era excesiva en invierno e inútil en verano.

Luca lo amaba. No el deterioro, sino el ambiente. La forma en que los pasillos olían a café y a fotocopia, la forma en que los profesores llegaban con pilas de libros que nunca cabían del todo en el escritorio, la forma en que las conversaciones más interesantes siempre pasaban en los pasillos entre clases y no en las aulas.

Historia era su materia porque Luca era alguien que necesitaba entender el porqué de las cosas, y la Historia era el intento más ambicioso de la humanidad de responder exactamente esa pregunta. Por qué los romanos cayeron. Por qué los mayas construyeron donde construyeron. Por qué las mismas guerras se repetían con nombres diferentes en lugares diferentes a lo largo de los siglos.

Diego, su compañero de cuarto, era diferente. Diego era Ingeniería Civil y pensaba en términos de estructuras, cargas, materiales. El mundo para Diego era algo que se medía y se construía. Para Luca era algo que se interpretaba.

Convivían bien porque sus diferencias no eran puntos de conflicto sino de curiosidad mutua.

"¿Por qué alguien estudia Historia?" le había preguntado Diego el primer día que se conocieron, en el pasillo del edificio donde les habían asignado el apartamento compartido.

"Por la misma razón que alguien estudia Ingeniería", dijo Luca. "Para entender cómo funcionan las cosas."

Diego pensó en eso. "La Ingeniería construye cosas."

"La Historia evita que se repitan los errores que las derrumbaron."

Diego no dijo nada pero al día siguiente llegó con una copia de un libro sobre la caída del puente de Tacoma Narrows, que era un famoso desastre de ingeniería del siglo XX. "Para entender por

qué se cayó", explicó.

Luca le prestó un libro sobre la República de Weimar.

Dos años después, todavía se prestaban libros.

La noche del lunes, Luca se quedó despierto más de lo habitual. Era un hábito que tenía cuando algo lo preocupaba aunque no supiera exactamente qué lo preocupaba: la mente seguía trabajando después de que el cuerpo ya quería parar.

Pensó en el libro que había aparecido en la biblioteca. En las llaves de Diego en la heladera. En todas las otras cosas pequeñas que había acumulado en una lista mental a lo largo de los años y que nunca había querido examinar con demasiada atención.

El problema con examinar esa lista era que llevaba a una conclusión que no tenía lugar en el mundo ordenado que Luca conocía: el mundo de los libros de Historia, de las medialunas del martes, de la puntualidad de Diego y el goteo del grifo del baño del segundo piso de la facultad.

Pero el mundo ordenado y la lista de cosas raras coexistían en la misma realidad. Los dos eran ciertos.

Luca cerró los ojos y pensó en eso hasta que el sueño lo alcanzó.

En la mañana del martes compró las medialunas de siempre, se sentó en el banco de la plaza de siempre y las comió mientras miraba la plaza, que a esa hora tenía jubilados caminando perros y palomas que no se movían a menos que uno casi las pisara.

Todo completamente normal.

Luca llegó tarde a la clase del martes, como siempre, y la profesora Alvarado lo miró por encima de los anteojos sin decir nada porque era martes y porque Luca siempre llegaba tarde los martes y porque había profesores que sabían distinguir entre la tardanza de alguien irresponsable y la tardanza de alguien que necesitaba el banco de la plaza antes de entrar al aula.

La profesora Alvarado era ese tipo de profesora.

El libro sobre el Imperio Romano que había encontrado en la biblioteca era, según la ficha de préstamo pegada en la contratapa, el ejemplar más solicitado de esa edición en los últimos dos años. Doce personas lo habían pedido antes que Luca. Algunos habían escrito sus nombres con letra apretada en el papel de la ficha; otros solo habían puesto una inicial.

Luca pensó en esas doce personas. Estudiantes como él, probablemente. Cada uno buscando algo diferente en el mismo libro. Algunos buscando datos para un trabajo práctico. Otros, quizás, buscando algo que el libro les decía sobre cómo funcionaba el mundo.

Y el libro había aparecido a su lado en el pasillo. Para él.

Luca cerró la contratapa.

Era difícil sostener la idea de que eso era una coincidencia cuando la alternativa tenía más coherencia interna. No más comodidad: más coherencia. La diferencia entre lo que uno quiere que sea verdad y lo que tiene sentido que sea verdad era una distinción que los historiadores aprendían temprano y que Luca había aprendido bien.

Lo que tenía sentido era que algo en él había hecho aparecer el libro. Igual que la luz a los catorce. Igual que el cuaderno roto en el secundario.

No eran accidentes. Eran datos.

Y los datos merecían una explicación.

Esa noche, Luca escribió en el cuaderno verde la primera entrada que no era sobre algo que había pasado sino sobre algo que había empezado a sospechar.

"Hipótesis", escribió. "Lo que llamo cosas raras no son accidentes ni coincidencias. Son el mismo fenómeno repetido de diferentes maneras a lo largo de los años. El denominador común soy yo. Lo que todavía no sé: si es algo que tengo o algo que soy."

Era una distinción que le parecía importante aunque todavía no supiera por qué.

Diego llegó, puso las llaves en el lugar correcto por primera vez en semanas, y fue directamente a la cocina a hacerse pasta con salsa de tomate que era lo que hacía cuando tenía hambre y no quería pensar.

Luca cerró el cuaderno. Fue a la cocina.

"¿Alcanza para dos?" preguntó.

"Siempre", dijo Diego.

Comieron pasta frente a la televisión con el canal de noticias sin sonido, porque ninguno de los dos quería escuchar las noticias pero tampoco querían la pantalla apagada. Era un equilibrio que habían encontrado sin discutirlo.

Buenos Aires de noche entraba por la ventana: un ronroneo constante de ciudad que no terminaba nunca.

Luca también tenía otra costumbre que Diego desconocía: los miércoles por la noche ordenaba su cuarto. No porque le molestara el desorden, sino porque había descubierto que ordenar el cuarto con las manos era una manera de ordenar la cabeza. Movía los libros de lugar, ponía la ropa doblada, tiraba los apuntes que ya no necesitaba. Al final del proceso, la habitación estaba más o menos igual que al principio, pero Luca se sentía más claro.

Esa semana, el miércoles por la noche, mientras ordenaba los libros del estante, encontró entre dos tomos sobre la República Romana un libro que no recordaba haber comprado: una historia de los barrios de Buenos Aires de principios del siglo XX. No tenía recibo. No tenía su nombre escrito en la tapa, como hacía con los libros que compraba. Simplemente estaba ahí, entre los Romanos.

Luca lo abrió. Estaba subrayado en lápiz por alguien cuya letra no reconoció. Los subrayados no seguían ningún patrón temático evidente: una descripción de La Boca, una mención a una iglesia de San Telmo, una nota al margen que decía simplemente "nexo" en una letra muy pequeña y muy antigua.

Luca miró la nota al margen durante un tiempo.

Después puso el libro en el estante en un lugar visible y siguió ordenando.

Fue un día perfectamente ordinario, como todos los demás.

Vocabulario

ordinariola — *ordinary / normal*

Ej: Luca era, según sus propias palabras, una persona perfectamente ordinaria.

la medialuna — *the croissant (Argentina)*

Ej: Luca comía medialunas los martes porque ese día las hacían bien.

el cortocircuito — *the short circuit*

Ej: La mamá de Luca dijo que la luz se apagó por un cortocircuito.

los apuntes — *the notes (class)*

Ej: Luca fue a la facultad con sus apuntes de la semana anterior.

el promedio — *the average*

Ej: Luca respondió dos preguntas bien y una a medias, su promedio habitual.

el trabajo práctico — *the practical assignment / coursework*

Ej: Luca buscaba un libro para el trabajo práctico sobre el Imperio Romano.

el estante — *the shelf*

Ej: El libro no estaba en el lugar correcto del estante.

formular — *to formulate / to put into words*

Ej: Luca tenía una teoría que prefería no formular.

la heladera — *the refrigerator (Argentina)*

Ej: Diego encontró sus llaves dentro de la heladera sin saber cómo.

inmóvil — *motionless / still*

Ej: El libro lo miró de vuelta, inmóvil como los libros hacen.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué estudia Luca en la universidad y con quién vive?
2. ¿Cuáles son dos ejemplos de cosas 'raras' que le pasaron a Luca cuando era más joven?
3. ¿Qué pasa con el libro que Luca busca en la biblioteca?
4. ¿Cómo reacciona Luca cuando el libro aparece a su lado?
5. ¿Qué misterio ocurre en el apartamento al final del día?